

IDENTIDAD Y NACIONALIDAD: LAS RAÍCES DEL SEPARATISMO CUBANO, 1868-1898

Louis A. Pérez, Jr.



Las incursiones en los dominios de la identidad y la nacionalidad —que quizás sea otra manera de decir de la cultura y la toma de conciencia— son empresas eminentemente problemáticas. Tal vez no baste con declarar llanamente que éste es un territorio desconocido, sino que, de hecho, bien puede ser que ni siquiera se pueda representar cartográficamente. Claro está que se pueden erigir hitos, pero siempre entendiendo que se los debe considerar marcadores hechos para la ocasión, totalmente improvisados, y siempre capaces de orientar al viajero incauto hacia inciertos destinos, por rutas precarias.¹ Es en este sentido que se ofrecen los comentarios que siguen.

¹ Entre los viajeros que han recorrido esta senda hay que incluir los siguientes: Walterio Carbonell, *Cómo surgió la cultura nacional*. La Habana: 1961; Carlos Chain Soler, *Formación de la nación cubana*. La Habana: 1968; Sergio Aguirre, *Nacionalidad y nación en el siglo XIX cubano*. La Habana: 1990; Sergio Aguirre, "De nacionalidad a nación en Cuba", *Universidad de La Habana*, 196 (febrero-marzo de 1972), pp. 30-60; Sergio Aguirre, "Nacionalidad, nación y centenario", *Cuba Socialista*, VII (febrero de 1967), pp. 75-96; y Enrique Ubieta Gómez, *Ensayos de identidad*. La Habana: 1993.

Durante buena parte del siglo XIX, Cuba se hallaba en transición. El cambio generado por el mercado era constante, funcionaba en todo momento y transformaba todo lo demás; y no simplemente reordenando la demografía de la estratificación, sino rehaciendo todos los elementos culturales y materiales de aquello que era considerado ordinario y común.

Más que nada, y ante todo, el cambio servía para poner de manifiesto las contradicciones del colonialismo y ponía de relieve las muchas y variadas formas en que el desarrollo cubano ya no se podía confinar dentro de las estructuras coloniales existentes. En todos los aspectos, y simultáneamente, el colonialismo español se esforzaba al máximo por dar cabida a los cambios que impulsaban la economía de Cuba —y cada vez se veía más claro que era incapaz de hacerlo. El cambio producía circunstancias que llegaban a poner en tela de juicio los presupuestos mismos de la relación colonial, relación que cada vez perdía más credibilidad— todo lo cual creaba las condiciones propicias para que hubiera más cambios y, con frecuencia, sugería la necesidad de que éstos fuesen más rápidos.

A todo lo largo del siglo XIX se incrementaron los vínculos con los Estados Unidos. Estos acontecimientos eran, en sí, reflejo exacto de unas relaciones que se hallaban en transición, condiciones de causa y efecto dentro de un rejuego constante y dinámico. Actuaban entre sí de manera decisiva y revelaban las posibilidades de una cierta relación, a la vez que dejaban al descubierto las limitaciones de la otra.

Los cubanos viajaban al Norte en grandes cantidades y cada vez con mayor frecuencia; se trataba de una vasta y heterogénea emigración en la que figuraban representantes de todas las clases, blancos y negros, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Se iban al Norte a estudiar, experiencia que produjo una generación versada en nuevos conocimientos, nuevas tecnologías y nuevas habilidades. Otros miles de cubanos llegaban a Estados Unidos en busca de una forma de ganarse la vida; y otros más huían de la revolución y la represión. Entre la década de 1860 y la de 1890, muchas decenas de miles de

cubanos emigraron hacia el Norte, en un éxodo que adquirió cabalmente las proporciones de una diáspora.²

Esta emigración hizo las veces del crisol de la nación, en el que se forjaron y adquirieron forma definitiva muchos de los elementos más vitales de la nacionalidad cubana. Un gran número de esas personas regresaron cambiadas e imbuídas de cambio. Esos cubanos desarrollaron una nueva inclinación hacia las cosas norteamericanas, persuadidos de que la mejor manera de alcanzar el progreso y la prosperidad era a través de las vías que empleaban los norteamericanos. Regresaron como abogados del progreso, con nuevos conocimientos y nuevas habilidades, con un nuevo propósito y nuevas expectativas. Adaptaron y ajustaron, y hasta mejoraron ciertas cosas. Adoptaron nuevos métodos y aprendieron nuevas técnicas, lo que implicaba, por supuesto, nuevas estructuras de valores, nuevas sensibilidades, nuevas actitudes y nuevas normas, todo lo cual contribuía a exacerbar su descontento con las antiguas actitudes y las anteriores normas.

La experiencia en el Norte influyó de manera decisiva en la forma en que los cubanos imaginaban una nación propia. Una buena parte de este encuentro quedó incorporada en la narrativa de la nacionalidad, y ciertamente contribuyó a conformar las vías en que encontró expresión el discurso sobre la nación; además, prácticamente garantizó la integración de los elementos de las estructuras normativas norteamericanas, en la formulación de la nacionalidad.

Los Estados Unidos proporcionaban una perspectiva desde la cual era posible medir la condición colonial y aspirar a alternativas que se manifestaran en las formas de vida cotidianas. Los elementos que se emplearon para articular la nacionalidad provinieron, en distintos grados, de las instituciones, de las formas culturales y de los estándares normativos con los que los cubanos se vieron vinculados durante su estancia en ese mundo del exilio. Muchísimos de ellos nacieron en Estados Unidos, donde vivieron sus años formativos. Fue éste un proceso de adaptación y de ajuste; y fueron éstos los medios a través de

² El historiador cubano Fernando Portuondo estima que entre 1868 y 1898 emigraron un total de 100,000 personas, en tanto que el historiador español Justo Zaragoza insiste en que sólo durante los doce primeros meses de la Guerra de los Diez Años fueron 100,000 los cubanos que emigraron. Véanse Fernando Portuondo del Prado, *Historia de Cuba*, sexta ed. La Habana: 1957, p. 438 y Justo D. Zaragoza, *Las insurrecciones en Cuba: apuntes para la historia política de ésta en el presente siglo*, 2 vols. Madrid: 1872-1873, t. II, p. 374.

los cuales consideraron alternativas y abandonaron la antigua opresión.

Lo que dió singularidad a este proceso, y en algunos casos lo hizo definitivo, fue que encontraron su sentido de sí mismos al verse retados por la confrontación con un mundo muy distinto. Y lo que hizo que tales experiencias fuesen especialmente trascendentales fue que ocurrieron en una época de transformación y transición, durante unas décadas en que los cubanos se hallaban inmersos en el proceso de cambio, en el de formar nuevas relaciones sociales, en la persecución consciente de maneras de formar e informar la nacionalidad; y en la que buscaban nuevos medios mediante los cuales pudieran afirmar su identidad. Se encontraron dentro de un contexto normativo norteamericano, por medio del cual trataban de articular el descontento y dar forma a una nación; lo cual, a su vez, influía en las propias formas en que expresaban la disidencia y definían la nacionalidad.

Claro está que buena parte de la transformación cubana se debe atribuir al resultado inevitable de vivir en el extranjero, a la adaptación como forma de lidiar con las circunstancias, de irselas arreglando y seguir adelante, los cuales son ajustes necesarios para satisfacer las necesidades de la vida cotidiana. Pero en igual medida estaba presente la adaptación consciente, una forma de trazar distinciones y aumentar la distancia entre ellos y España; las maneras de dejar de ser españoles. Este proceso ciertamente profundizó el alejamiento entre cubanos y españoles —tal como llevaba la mira de hacerlo. De hecho, la determinación de los cubanos en cuanto a definirse como diferentes de los españoles fue otra de las maneras de hacer valer la pretensión de una nacionalidad aparte. El contacto con el Norte proporcionó nuevas maneras de trazar distinciones entre cubanos y españoles, y contribuyó aún más a la formación de una identidad nacional, mediante vías específicamente ideadas para satisfacer las necesidades cubanas.

Tal experiencia cambió la manera de pensar de los cubanos respecto al cambio, su forma, sus alcances y propósitos. El concepto de cambio se amplió para dar cabida a nuevas posibilidades y, gracias a ello, sirvió de medio para que las formas norteamericanas se fusionaran con las cubanas.

Grandes cantidades de cubanos estuvieron presentes como observadores y como participantes en el amanecer de la cultura con-

sumista norteamericana. Entre 1865 y 1900, el valor de los bienes manufacturados se incrementó siete veces, el número de fábricas y el capital industrial aumentó al cuádruple. La extraordinaria productividad industrial de los Estados Unidos, con su hincapié en las mercancías de consumo, en la conveniencia y la comodidad, comenzó a tomar impulso y transformó la vida norteamericana precisamente durante los años de la emigración cubana, esto es, durante la época de transición, cuando los cubanos se hallaban grandemente interesados en las formas de dar expresión a la nacionalidad y articular su identidad. Experimentaron la vida en Estados Unidos en unos momentos de notable desarrollo económico, en que el éxito y el bienestar se medían, cada vez con mayor frecuencia, conforme al progreso material y el consumo. Thorstein Veblen, aunque sólo hubiera tenido razón en parte, escribió durante esos años que el “motivo que subyace al afán de poseer es la emulación”, y también que “en buena medida es esta emulación la que da forma a los métodos y selecciona los objetos en que se habrá de gastar para alcanzar la comodidad personal y para llevar una vida decente”³, las implicaciones de la presencia cubana en Estados Unidos durante esos años son ciertamente trascendentales. En esas décadas se hallaba en gestación toda una clase social, gran parte de la cual se estaba formando en Estados Unidos, en un momento histórico específico en el cual las posibilidades de consumo se estaban expandiendo, y precisamente cuando grandes cantidades de cubanos buscaban, plenamente conscientes de lo que hacían, formas de dar significación a la “cubanidad” como medio de identidad y de nacionalidad.

El materialismo norteamericano poseía una cualidad peculiarmente subversiva. En formas diversas y de gran envergadura, contribuía a socavar algunas de las hipótesis sociales más fundamentales del orden colonial. La proposición de que la felicidad y la comodidad se podían alcanzar mediante posesiones materiales resultaba peligrosa precisamente porque no limitaba su atractivo a los gustos de los poderosos y privilegiados. Objetos más modestos, más domésticos y más al alcance de la gente, se apoderaban de la imaginación cubana. La comodidad cotidiana, la conveniencia y el bienestar como condición

³ Thorstein Veblen, *The Theory of the Leisure Class* (1899). Reeditado en Nueva York: 1934, pp. 25-32.

común y de todos los días, fueron algunas de las cosas a las que los cubanos se adaptaron e hicieron suyas y, de hecho, exigieron. A fin de cuentas, se trataba simplemente de cosas que de manera rutinaria se hallaban incorporadas a la vida cotidiana de Estados Unidos, pero con las que los cubanos se familiarizaron y cuya permanencia daban por presupuesta.

Pocas facetas de la vida norteamericana impresionaron más a los cubanos que la aplicación de la tecnología a la comodidad de todos los días, la aplicación de la ciencia y la industria a la satisfacción de las necesidades personales.⁴ La noción de "progreso" adquiriría una forma visible y tangible.

Estos acontecimientos tenían implicaciones que iban muy lejos, pues ocurrían en los momentos en que los cubanos estaban reuniendo los distintos elementos mediante los cuales se distinguirían de los españoles y se definirían como una entidad aparte. Aprendían también las formas en que los bienes materiales servían para delinear el estatus social. La cultura material norteamericana pasó a ser un medio a través del cual se podía expresar la identidad nacional. Estas formas se las apropiaron como medio para afirmar los aspectos en que los cubanos eran diferentes de los españoles, para demostrar que la fuente de lo que ellos eran y de aquello en lo que se querían convertir no tenía sus orígenes en lo español.

La propia noción de progreso era en sí misma potencialmente subversiva, capaz de minar el orden establecido y de reordenar radicalmente la jerarquía de valores y de autoridad hasta el punto en que las promesas de lo nuevo socavaran las premisas de lo viejo. En su obra *Cecilia la matancera* (1861), el novelista Rafael Otero describe a una "juventud [que] se deja arrastrar por la palabra *progreso*", en tanto que a sus mayores les aterroriza esta palabra; ellos creen "que *progreso* y *anarquía* son sinónimos".⁵ En *Leonela* (1893), Nicolás Heredia se hallaba plenamente consciente de las implicaciones más amplias del "progreso" y de la capacidad que éste tenía para subvertir los fundamentos normativos de la autoridad. Cuando el ingeniero

⁴ Véanse Dolores María de Ximeno, "Aquellos tiempos: memoria de Lola María", *Revista Bimestre Cubana*, XXIV (enero-febrero, 1929), pp. 97-131; Aurelia Castillo de González, *Un paseo por América. Cartas de Méjico y de Chicago*. La Habana: 1895, pp. 60-133.

⁵ Rafael Otero, *Cecilia la matancera*. Matanzas: 1861, p. 79.

John Valdespina da a conocer sus planes para introducir la maquinaria agrícola más reciente en el poblado de Jarabacoa —“Yo haré traer unos de nueva invención que ahorran tiempo y tratan mejor a tierra tan agradecida... porque en la variedad de cultivos es donde está la riqueza de un país”— el capitán Maella, jefe de partido, o cabecera municipal, a duras penas logra contener su ira. El narrador de la novela hace la siguiente observación: “El Capitán Maella veía semejantes novedades con indignación mal reprimida. No se explicaba como el Gobierno había dado privilegio a aquel hombre para perturbar el orden establecido. Desde que el ingeniero había empezado los trabajos de la línea, nadie se acordaba ya de la primera —y única— autoridad del partido de Jarabacoa”. Es posible que Valdespina no haya sido capaz de entender la forma en que un ferrocarril pudiera amenazar las estructuras del *statu quo*, pero Maella sí la comprendía: “Yo no soy nadie para ese extranjero insubordinado, perturbador y declaradamente pernicioso... Lo peor es que me solivianta con su ejemplo a los sencillos habitantes de este territorio de mi mando”.⁶

Buena parte de la formulación de la nacionalidad cubana se puede explicar gracias a la experiencia de revelación y descubrimiento que tuvo lugar en el encuentro con el Norte, y en formas quizás demasiado variadas y complejas como para siquiera comenzar a entenderlas cabalmente. Esta experiencia estuvo relacionada con los medios a través de los cuales se desarrolló y profundizó el descontento, así como con el grado hasta el cual los cubanos atribuían su suerte a las constricciones del colonialismo, para lo cual el remedio obvio era la independencia. Un gran número de ellos adoptó una norma de “progreso” que en casi todas sus características esenciales se derivaba de las formulaciones norteamericanas y constituía la base gracias a la cual se podía articular el significado de lo cubano.

Los cubanos pasaron a formar parte de ese mundo del Norte. Observaron de primera mano estos acontecimientos y participaron directamente en muchos de ellos. Meditaron mucho acerca de las fuentes de la prosperidad y los logros estadounidenses, como vías para su propia salvación y felicidad. Cada vez con mayor frecuencia, las posibilidades de bienestar material y de prosperidad económica se fusionaban con la propuesta de instituciones democráticas y libertad.

⁶ Nicolás Heredia, *Leonela* (1893). Reeditado en La Habana: 1972, pp. 156-157.

Así, la democracia y la libertad política adquirieron desde muy temprano una dimensión material e implicaron un medio de bienestar y seguridad económica personales. Según muchos creían, lo único que Cuba necesitaba era la independencia, para librarse de la coacción del colonialismo español, y con el fin de alcanzar su pleno desarrollo potencial. “Cuba es un pueblo”, escribía Enrique José Varona, “que sólo requiere libertad e independencia, para ser un factor de prosperidad y progreso en el concierto de las naciones civilizadas”.⁷ En la novela parcialmente autobiográfica de Carlos Loveira, *Generales y doctores* (1920), Ignacio García llega a Nueva York y queda asombrado:

La maraña de vehículos y pedestres de aquel trajinoso *Broadway*, que nuestro carro de cable iba siguiendo lenta y dificultosamente; los elevados de la Tercera Avenida...; la altura de los edificios, que estaban aún muy lejos de la talla del *Singer* y el *Woolworth*; los jardines y parques limpiísimos...; toda aquella vida tan distinta de la nuestra de aquellos años, hacía exclamar a casi invariablemente a mi abuela:

—¡Lo que es la Libertad!

Y los demás, que creíamos que obtenido el ideal de independencia, nada era necesario para la felicidad de los cubanos, asentíamos en coro, con los ojos en el techo del tranvía, y como en un suspiro:

—¡Ah! ¡La Libertad!⁸

Estos acontecimientos determinaron el modo como los cubanos se pensaron a sí mismos. Buena parte de las ideas sobre lo cubano provenía de formas y modelos importados. Los cubanos obtenían una enorme satisfacción con el despliegue del progreso material. También ellos aspiraban a la comodidad; estaban atentos a la conveniencia, a objetos de valor, todo lo cual no hacía más que confirmar la proposición de lo “cubano” como moderno y civilizado, además de identificarlo correctamente con todas las cosas que constituían el progreso.

⁷ Enrique José Varona, “Cuba contra España: manifiesto del Partido Revolucionario de Cuba a los pueblos hispanoamericanos”, 23 de octubre de 1895, en Enrique José Varona, *De la colonia a la república*. La Habana: 1919, pp. 64-65.

⁸ Carlos Loveira, *Generales y doctores*. La Habana, 1920, pp. 187-188.

Estos habían pasado a ser sus logros, una parte de la cultura material que se reclamaba como cubana.

El descontento cubano tenía su origen en muchas fuentes, buena parte de las cuales, cada vez más frecuentemente, guardaban nexos con la cuestión de la identidad. Ninguna de las diferencias se trazaba más nítidamente, ni era definida más claramente, que la postura de que Cuba era moderna y España atrasada. Claro está que estas cuestiones no eran del todo nuevas, puesto que los antecedentes del ser "cubano" —a diferencia de ser "español"— tenían sus orígenes en el siglo anterior. Lo distinto en el siglo XIX era la invocación de la nacionalidad como identidad basada no simplemente en diferencias, sino en valores que se les asignaran a lo que tales diferencias implicaban. Para decirlo de manera sencilla: ser cubano valía más que ser español. "El cubano", insistía Varona, "tiene caracteres que marcan un progreso dentro de su raza; si no más inteligente en absoluto que el español, es de comprensión más rápida y mucho menos refractorio a las novedades.... Es más abierto, más moderno, más cosmopolita... . En cambio el español está más mal preparado para las necesidades elevadas de la civilización".⁹

Buena parte de la meditación sobre el tema de nación guardaba relación con los conceptos de progreso y las reflexiones sobre la civilización. La idea de progreso y civilización adquirió un firme arraigo y, definitivamente, resultó medular en cuanto al significado de lo cubano. El genio particular cubano se hallaba en la adaptación, en la vehemencia con la que los cubanos adoptaban el cambio, y especialmente aquel cambio que se percibiera como capaz de mejorar su existencia. Buena parte de lo que se entendía como progreso llegaba a Cuba directa y rápidamente; y por ende, resultaba fácil apropiárselo y reclamarlo para sí. La identidad con el progreso era total; constituía una situación conceptual de la cual se desprendían corolarios de civilización y modernidad, y en torno a la cual adquiriría forma la comunidad nacional. Los cubanos no dejaban de darse cuenta de las formas en que estos acontecimientos los vinculaban con Estados Unidos, ni del grado en el cual dependían del Norte para el mantenimiento de unos estándares que pretendían hacer suyos. "De la metrópoli no recibe la colonia más que agravios", afirmaba

⁹ Enrique José Varona, "Cuba y sus jueces", *Revista Cubana*, VI (septiembre de 1887), p. 276.

Domingo del Monte ya en 1849, y “de los Estados Unidos, riqueza y civilización”.¹⁰ Raimundo Cabrera coincidía con él: “Tuvimos la gran suerte de lograr que los norteamericanos nos exportaran el ferrocarril en 1836, mucho antes de que éste llegara a España; y más tarde, de que nos enseñaran a utilizar el telégrafo. Estos avances nos encauzaron por las sendas de la civilización y del progreso”.¹¹ La manera en que estas formas se fundieron en la imaginación popular queda sugerida en un diálogo de la novela *Generales y doctores*, cuando Teresa reprende a un amigo porque éste se resiste a la moda popular y le dice en son de mofa: “Americanícese, hijo. ¡Civilícese!”¹²

La propuesta de los cubanos como entes civilizados resonaba entre quienes pugnaban por la nacionalidad, tanto burgueses como de la clase media, entre todos aquéllos que tenían en mente la perspectiva de nación. Constituía una fuente de comunidad nacional y de identidad compartida, ya que la invocación de la civilización como paradigma de progreso *siempre* implicaba que los cubanos formaban parte de éste y los españoles no. Era ésta una propuesta con enorme vitalidad, que quedaba incluida dentro de las fuentes de las sensibilidades “cubanas” modernas, como base de una nacionalidad propia. Llegaba a la médula del por qué los cubanos no eran españoles. La narrativa sobre civilización hacía las veces de marco de referencia discursivo más amplio, en el que las representaciones de nacionalidad adquirían forma como medio de contraste, con el fin de trazar distinciones entre cubanos y españoles.

La negación de lo “español” como medio de afirmar lo “cubano” hizo que los criollos se lanzaran al diseño de otras estructuras normativas y adoptaran nuevas formas culturales mediante las cuales se pudieran hacer valer las distinciones y recalcar las diferencias. A todo lo largo del siglo XIX, los cubanos buscaron formas de expresar la nacionalidad. La formulación de ésta se hallaba condicionada, en gran medida, por el encuentro con el Norte, tanto en la isla como en Estados Unidos, país cuya forma de vida los cubanos imitaban libremente y adoptaban sin cortapisas; y que, al final, hicieron suyo. Adoptaron

¹⁰ Domingo del Monte a Conde Montalvo, 5 de enero de 1849, en Domingo del Monte, *Escritos de Domingo del Monte*, 2 vols. La Habana: 1929, t. I, pp. 238-239.

¹¹ Raimundo Cabrera, *Cuba and the Cubans*. Filadelfia, 1896, pp. 59-60.

¹² Loveira, *Generales y doctores*, p. 199.

los conceptos de progreso y modernidad que provenían del Norte, como base sobre la cual afirmar la identidad y definir lo que significaba ser cubano. Buena parte de lo que pasó a ser cubano comenzó como norteamericano, y ciertamente dió ímpetu a las formas y cosas que de allí en adelante iban a compartir Cuba y Estados Unidos.

COMENTARIOS

Jeremy Adelman

El estudio de los orígenes de las identidades nacionales latinoamericanas se halla, de entrada, lleno de dificultades. Si bien las narrativas alguna vez reconfortantes de las luchas europeas y estadounidenses en pos de la autodefinition y la autodeterminación nacionales se ven ahora reducidas a gastadas copias de quienes en forma triunfalista las protagonizaron en el pasado, los latinoamericanos no podrían recurrir fácilmente a los relatos optimistas o carentes de ambigüedad para sus síntesis nacionales. Como persona ajena a la historiografía cubana, me parece que ningún otro país combina en mayor grado que Cuba las contradicciones internas y ambivalencias de este proceso.

Uno de los puntos de vista que ha prevalecido durante mucho tiempo sobre los orígenes de la identidad nacional cubana —que quizás encuentra su mejor ejemplificación en los trabajos de Jorge Ibarra— ha recalcado la lucha colectiva en pos de la liberación nacional

respecto a la dominación española.¹ Así, pues, el sentido de identidad brotó del reconocimiento de la diferencia con respecto a la España metropolitana, un acontecimiento en gran medida endógeno, que colocó a la Isla en postura de autodefensa contra su amo extranjero. Esta formulación guarda una gran semejanza con los relatos convencionales de *Zeitgeists* reprimidos que culminan, conforme al espíritu del tiempo, en episodios victoriosos de guerras de liberación nacional y de derrocamiento colonial. El hecho de que la lucha de Cuba terminara con su incorporación *de facto* a la órbita neocolonial norteamericana, no podía dejar de ser una fuente de dificultades para los historiadores nacionalistas —problema que se podría explicar mediante los relatos psicosociales sobre la forma en que las élites cubanas cedieron traicio-

¹ Jorge Ibarra, *Ideología mambisa*. La Habana: 1972.